



QUE TIEMPOS AQUELLOS. Tuvimos un país pobre pero digno, alegre en sus carencias y desbordado en sus recursos, un país que nunca valoramos lo suficiente hasta ahora que casi lo perdimos, hasta ahora que nos toca volverlo a construir.



En ese sentido, instituciones oficiales como el SANAA, que perdió todo su sustento administrativo enfrentarán serios inconvenientes para poder continuar cobrando el servicio que la gente exige en este momento, pero que no sabemos si estará dispuesto a pagar con la misma puntualidad, aunque no le llegue una factura de cobro

Es poco probable que constructoras, financieras o instituciones oficiales pierdan sus capitales debido a la falta de sustento documental de las deudas de sus clientes, pero se puede anticipar un retraso considerable en los pagos, con el correspondiente perjuicio para todos los negocios en toda la nación.

Igualmente sufrirá el ahorro interno, no solamente por la comprensible actitud de la ciudadanía de tratar de acumular bienes de consumo en la eventualidad de una escasez, sino también por la necesidad de las personas afectadas de reconstruir sus propiedades haciendo uso de todos los recursos a su disposición, incluidos créditos que puedan obtenerse en bancos u otras fuentes como cooperativas o agencias de desarrollo.

Esto último tiene la ventaja que es una inversión que provocará un auge en una de las industrias que más empleo otorga y que mayor uso hace de materia prima nacional, como es el negocio de la construcción.

LA HISTORIA REPETIDA

El país vive una etapa de optimismo, de la mano de la ayuda extranjera y de la Selección Sub-20 de fútbol, calificada por tercera vez a una cita mundial, pero no puede dejar de ver atrás para evaluar lo que teníamos y que ahora no existe.

Hace sólo dos semanas, el alcalde de Tegucigalpa, César Castellanos Madrid nos llamaba, con aire de premonición a "construir la Nueva Capital". Como bien se ha comentado ya, no dijo Castellanos "reconstruir" nada, sino "construir" que es precisamente lo que toca ahora

Con la vista hacia el sur, los hondureños veíamos con optimismo el crecimiento de la industria camaronera y la exportación de melón, fuertemente respaldadas por el régimen del presidente Carlos Roberto Flores, entre otras cosas con el impulso decidido a la culminación del proyecto de triple propósito de la represa del río Nacaome.

La represa no existe más y el río, rota su mansedumbre, ha vuelto a la normalidad, haciendo increíble para los que lo ven ahora, inofensivo, que haya sido capaz de tan desproporcionados estropicios.

■ Es verdad que padecemos una pérdida de proporciones catastróficas, pero de esa misma medida es la oportunidad que se nos abre al frente para ser mejores.

En el norte, las aguas se burlaron de los publicitados bordos que durante el gobierno del Presidente Rafael Leonardo Callejas, fueron motivo de orgullo por haber logrado recuperar para la agricultura del Valle de Sula, miles de hectareas de fértiles tierras de cultivo.

En el Valle del Aguán, la creciente industria del aceite de palma africana quedó partida por la mitad, y antes que ella, en todo el trayecto desde La Lima hasta La Ceiba, ya no existe el primer renglón de ventas de Honduras al exterior, los cultivos de banano.

La enfurecida corriente acabó con cuarenta y cinco millones de dólares de la industria forestal del país y los perjuicios de la ganadería están todavía contándose sobre todo a futuro y en un ambiente poco propicio para el crecimiento de los precios de la carne en el mercado foráneo.

Hace quince días, Honduras se la mentaba que la toma del parque arqueológico de Copán provocaba pérdidas cercanas a los diez mil dólares diarios, ahora Mitch redujo los ingresos por turismo casi cero, porque los únicos visitantes que recibimos son socorristas y la imagen de país como destino de recreo no es vendible

